

LA IMITACIÓN DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

Por Antonio Palomero.





LA IMITACIÓN

DE

NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

En el viejo solar castellano, entristecido y silencioso por el derrumbamiento de sus grandezas, resonaron no ha mucho tiempo las voces destempladas, áridas é infecundas de los apóstoles de la previsión y de la cordura. Pobres comentaristas de la desgracia, ellos buscaban afanosos las causas de todos nuestros males y ofrecían el oportuno catálogo de sus remedios. Y en nombre y representación de los grandes y de los pequeños, de los altos y de los bajos, de las clases directoras y de las clases dirigidas, trataron de limpiarse recíprocamente de toda culpa señalando los vicios ajenos, por si ello justificaba la falta de las virtudes propias... ¡Labor estéril y enseñanza triste!... Con el estrépito de aquellas disputas, tal vez trataran de apagar la voz sincera que interiormente les acusaba... Por fin convinieron en que la falta era colectiva, y acordaron, en su consecuencia, cegar los escondidos manantiales cuyas aguas puras y cristalinas ellos mismos enturbiaron y removieron. Se echó entonces la llave al sepulcro del Cid y se decretó la muerte de Don Quijote.

No ignoraban que el héroe legendario podía ganar batallas después de muerto; pero confiaban en la seguridad de las llaves modernas, y mayormente en la falta de ese soplo, más divino que humano, necesario para ciertas resurrecciones. No se vislumbraba, camino de aquella tumba,

la claridad precursora de un redentor... Y así, su acción ingrata parecería modelo de prudencia previsorá...

No ignoraban tampoco que la muerte de Don Quijote, sobre ser llorada amargamente y con sincero dolor sentida, sería tal vez castigada con severidad. Y entonces, para evitar sospechas y para eludir castigos, vitorearon á Don Alonso de Quijano, el *Bueno*. Ahora mismo ha vuelto á resonar este viva, que sigue siendo una sentencia condenatoria contra el admirable caballero... Por fortuna, los espíritus fuertes y animosos, los creyentes en el porvenir, los que son incapaces de cortar á la vida sus blancas y ligeras alas que la sostienen en inefables excursiones, están dispuestos siempre á defender al hidalgo sin par, cuyos hechos llenaron las edades y los pueblos. Y por único Señor le proclaman, digno de admiración y reverencia, y por guía le escogen, y sus pasos siguen y aspiran á imitar sus hazañas... ¡Viva, viva Don Quijote de la Mancha!...

Mas, ¿quién es ese Don Alonso de Quijano, el *Bueno*, que ha merecido tan inoportunos como injustos homenajes?...

Don Alonso de Quijano es aquel hidalgo de compleción recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza, que vivió en un lugar de la Mancha cerca de cincuenta años una vida ociosa y regalada. Con suficiente hacienda para no temer las asechanzas de la miseria, sin cuidados ni preocupaciones que le inquietaran el ánimo, bien atendido por su ama de gobierno y por su sobrina y estimado por todos sus convecinos, Don Alonso de Quijano fué uno más en la inmensa legión de los innominados que forma parte de la Humanidad, porque participa de los caracteres de la especie... Seres vulgares, seres faltos de la chispa que produce los incendios, granos de arena incapaces de ser montaña sino todos juntos, van pisando las huellas impresas en el polvo por los anteriores caminantes, y más que andar, dijérase que se deslizan por la pendiente de los años... Con un amor ardiente ó con una conmiseración suprema, regístrase su existencia colectiva, y se les perdona el grave delito de no haber sido, porque por él hicieron propicia la formación de las superiores personalida-

des. ¡Que sólo sirve el llano para acusar el nivel de las cumbres!...

La crónica del admirable Caballero, extensa y prolija para todas sus hazañas, sólo dedica unas cuantas líneas á Don Alonso de Quijano. No merece más, ni tampoco las necesita. Pero he aquí que el hidalgo manchego empieza á empapar sus ocios con lecturas encantadoras: se entera entonces de que hay algo en el mundo capaz de elevar los corazones, armar los brazos y sacudir los espíritus; se entera también de que hay otras empresas más nobles y levantadas que el humilde cumplimiento de los menesteres de la vida... Ha buscado su personalidad y la encuentra; ha buceado en su interior, hasta dar con el tesoro que todos tienen y que pocos hallan. Puede, por fin, repetir la frase del filósofo. Va á lanzar su *quos ego*. Entonces nace verdaderamente á la verdadera vida. Y él mismo comprende que ha de cambiar hasta de nombre. Ya no es Don Alonso de Quijano, sino Don Quijote de la Mancha... ¿Con qué derecho se puede enaltecer á ese hombre antiguo, á quien el hombre nuevo olvida y abandona?

Ciertos espíritus desencantados, tal vez rendidos del viaje de vuelta de las ideas, y algunos creyentes en la inutilidad del esfuerzo que arribaron á las playas del misticismo, escogen para justificar su entusiasmo por Don Alonso de Quijano, aquel momento en que resucita la razón de Don Quijote, tendido en el lecho, después de su derrota y vencimiento. He aquí una amarga ironía que no tiene disculpa posible. Si no fuera sincera la admiración por ese terrible instante en que el Ingenioso Hidalgo declara ante los suyos que ya no es Don Quijote de la Mancha, sino Don Alonso de Quijano, el *Bueno*, parecería una crueldad excesiva. Esa declaración está hecha á las puertas de la muerte; y sólo pudiera abdicar de su personalidad el esforzado caballero cuando las fuerzas le huyen y el ánimo le falta y siente la honda y definitiva tristeza del acabamiento de sus altos destinos. «En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño», dice con intensa melancolía; y al perder la sana alegría que ha iluminado su vida aventurera, vuelve á la obscuridad de su razón para emprender el viaje á la obscu-

ridad eterna. La tristeza le mata. Entonces quieren retenerle los mismos que le derrotaron; y se oye el más alto consejo de Sancho Panza: «la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida, es dejarse morir sin más ni más»... Ya es tarde, porque la herida es mortal, y la muerte se presenta queda, silenciosamente, con el respeto que su víctima merece... Esta es la primera aventura de Don Alonso de Quijano, y también la última salida de Don Quijote de la Mancha. ¿Proseguirá sus hazañas en esa región de que nos hablan otros dulces, piadosos, inspirados libros de caballerías?...

Una inmensa piedad, una compasión infinita produce ese inesperado despertar del hombre antiguo, cuando el hombre nuevo da por acabada su misión. Piedad para su derrota, compasión para sus amargos recuerdos... ¡Y se dan vivas á esas ruinas, más lamentables cuanto más gloriosas!... El mismo historiador ha comprendido que si es difícil soportar la pobreza después de la fortuna, es imposible conllevar la razón fría después de poseer la cálida locura. Por eso su ex héroe sólo puede resistir unas cuantas horas en su nuevo estado. Cuando se ha sido Don Quijote de la Mancha, ya no se puede vivir ni aun como Don Alonso de Quijano, *el Optimo*.

Olvidemos, pues, á Don Alonso de Quijano, y defendamos, admiremos, ensalcemos é imitemos á nuestro señor Don Quijote.

Modelo el más alto, el más noble, el más puro del grande y generoso idealismo que hace brotar todas las flores de la tierra, su paso por el mundo ha dejado una estela luminosa que guía á los espíritus ardientes y exaltados. Como su hermano Fausto, persiguió lo imposible en inquieta y desasosegada persecución, símbolo de la ambiciosa inteligencia humana; mas no tuvo, como Fausto, que hacer pacto con las ocultas fuerzas, porque en las suyas propias halló potencia suficiente, ni tuvo tampoco que detener el tiempo, pues supo caminar de frente al porvenir sin interrumpir el curso de la historia... ¿Y se le llama loco? Bien; pero su locura sublime, abnegada, constelada por todas las virtudes, es ciertamente más estimable que la cordura estúpida

y rampante de que hacen profesión y sacerdocio las almas condenadas á la eterna mediocridad del limbo. Y no fué la suya una locura contemplativa, de esas que encierran en marfileñas torres la suave claridad de sus destellos; no fué sino dinámica, activa, toda ella acción, movimiento, esfuerzo... Los mismos profesionales de la ciencia que la clasifican con su natural rigorismo metódico, llámanla hiperbúlica, de exceso de voluntad, y convienen en que jamás otro sér pasó con facilidad tan extraordinaria de la idea á la acción, del pensamiento á la obra. Es cierto; dijérase que á veces tuvo la adecuación perfecta de la potencia con el acto, condición exclusiva de lo divino, según Santo Tomás.

¿Y no nos será permitido dudar un poco de la locura de Don Quijote? Todas las altas unidades humanas se vieron condenadas con ese extraño mote, en nombre de cierto sentido burgués que ha buscado luego hasta el amparo de la ciencia; pero será preciso convenir en que todas ellas fueron después clasificadas como sabios, como conquistadores, como apóstoles, como poetas, como artistas, cuando, desaparecido el tiempo que intranquilizaron con su acción fecunda, triunfaron sus doctrinas y sus obras... Aquella persecución es la venganza de las pobres gentes que no pudieron entrar en el reino de los sueños; reino ideal, extraviado y perdido en la geografía de Caliban, y reservado para los que han sentido en el alma el roce viscoso de todas las reales impurezas. Confiemos en el triunfo de Don Quijote y esperemos que le levanten el veto los mismos que hoy propalan su locura de inadaptado, sin comprender que jamás se adaptan los espíritus superiores, y que esa adaptación al medio sólo es una fuerza para la lucha por la existencia.

Don Quijote no la necesitaba. Para luchar por algo más que por la prosáica conquista de los días y de las horas, escogió libremente su profesión de caballero andante, «que es tan buena como la de la poesía y aun dos deditos más»; mantenedor de la verdad, «aunque cueste la vida el defenderla», tuvo la suya en constante peligro, en perpetua incomodidad, en permanente desasosiego. Nadie le ha superado ni aun igualado, en firmeza, en constancia, en voluntad.

Eterno y confiado optimista, fué fuerte porque tuvo el sentimiento de su propia superioridad, y, por lo tanto, esa ciega confianza en sí mismo, que es raíz y asiento de los grandes caracteres y el arma más poderosa é invencible. Hizo su obra, y esto bastó para fortificarle. Vivió su propia vida, y eso basta para su grandeza. Creyó que lo que era verdadero para él, era verdadero para todos... ¿No es esto el genio, según Emerson? Esta es la fe, la verdadera fe para todos los hombres de buena voluntad.

¡Oh, grande, inmenso poeta!... Por las desoladas llanuras de la Mancha, en la abrupta sierra, en la cueva oscura y en el alegre prado, en la incómoda venta y en el amplio palacio ducal, en todas partes, en fin, engrandeció las personas y las cosas, echando sobre ellas el impalpable y misterioso velo de la reina Mab. Para olvidar el pequeño y miserable mundo que le rodeaba, evocó el mundo superior que llevaba dentro, y comparando siempre lo vivido con lo soñado, quiso demostrar, sin duda, que á veces la realidad es una metáfora del ensueño...

¿Quién será el audaz que le contradiga? ¿Quién podrá olvidar que nada es como es, sino como nosotros queremos que sea?... El mundo está preñado de misterios; bajo la dura corteza que sostiene nuestras plantas, sobre nuestras cabezas triunfadoras que se yerguen desafiando á los espacios, late rítmica y sosegada el alma universal que se complace, de vez en vez, en comunicarnos sus secretos. Todo lo positivo ha sido maravilloso, sin que deje de ser una maravilla. Las fuerzas conquistadas y hoy en nuestro poder y á nuestro servicio, fueron ayer enigmas espantables y temidos; y los arcanos de hoy serán las inconcusas verdades de mañana. La Esfinge mueve sus labios hace tiempo para todos los que saben escucharla, y las inmensas interrogaciones se transforman en admiraciones insensiblemente... ¿Cómo hacer cargos á Don Quijote porque interpretara los hechos sin separarse un punto de su alta y provechosa concepción? Tal vez su cronista quiso comentar sus valerosas hazañas con la suave ironía, hija predilecta del amable excepticismo; mas nosotros, los espectadores desapasionados que ni siquiera discutimos los milagros de los libros santos, debemos poner-

nos al lado de Don Quijote y creer que fueran verdad todas sus estupendas aventuras. Decir que no lo fueron, sería dar fuerza á la opinión ajena que ha forjado las grandes mentiras de la Historia; sería también condenar el heroísmo del Caballero inmortal, del puro defensor de la Justicia, que preconizaba de obra y de palabra la necesidad de la caballería andante, para que no triunfaran, «por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo».

Alabemos al hombre sin par que, á más de esforzado, héroe, entusiasta, generoso, poeta y enamorado, fué también Ingenioso Hidalgo. El ingenio es flor de la mente, y gala del corazón, la hidalguía.

Alabémosle, defendámosle, admirémosle. Y, sobre todo, hermanos míos, imitémosle. Sí; ¡imitemos á nuestro Señor Don Quijote!
